

DIANA JÁUREGUI JÁUREGUI
**LOS JÁUREGUI DE SORAS (1920-
2023). MÁS ALLÁ DEL TERROR, LA
ADVERSIDAD Y MÁS CERCA DE LA
NACIÓN”**

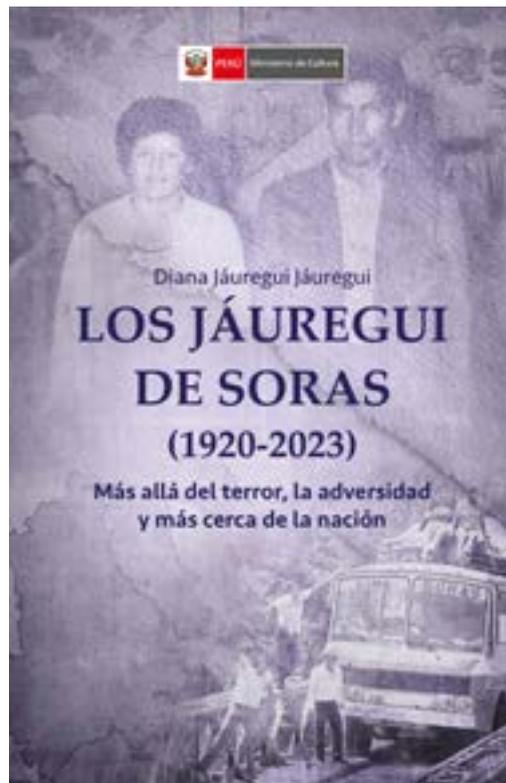
LUM Y MINISTERIO DE CULTURA, LIMA, 2024.
273 PÁGINAS

POR MARIA PÍA COSTA SANTOLALLA¹
mariapiacosta.s@gmail.com

Agradezco al Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM), y en especial a su director, Manuel Burga, por la invitación a participar en la presentación de este conmovedor libro escrito por Diana Jáuregui Jáuregui. Había leído ya el relato de Diana en uno de los volúmenes titulado *Soras ¡La búsqueda de justicia!*, de la colección *Narradores de Memorias* y que el LUM publicó en 2022, a fin de recuperar algunos testimonios de la barbarie que vivimos en la década de los ochenta. Más allá del valor histórico, cultural y social que representa mantener la memoria de la violencia vivida en esos años, la iniciativa tiene el valor adicional de favorecer narrativas literarias cuando, justamente, sus relatos nos dejan sin palabras.

Construir una narrativa sobre hechos traumáticos es justamente la *vía regia* para lograr una

1 La presente reseña forma parte de los comentarios realizados en la presentación del libro *Los Jáuregui de Soras (1920-2023)*, desarrollado el 26 de julio de 2024 en la Feria Internacional del Libro de Lima.



elaboración de lo vivido. Esto no es fácil y tampoco es un proceso espontáneo; toma tiempo y mecanismos psíquicos de elaboración, no siempre al alcance de todos. Recordar lo vivido, por doloroso que sea, es el primer paso para poder construir una narrativa personal que integre la humillación, la culpa, la vergüenza y la rabia. Por esto, la memoria es imprescindible, pues es el punto de partida para procesar la experiencia. El olvido, si cabe, sólo es posible luego de haber recordado.

Narrativas como la de Diana Jáuregui permiten este proceso de elaboración mediante la puesta en lenguaje, que organiza las experiencias que tienen justamente por característica fragmentar el espacio mental. La vivencia traumática se recoge como fragmentos y es descompuesta en pedazos, en su mayoría sensoriales: olores, sonidos, imágenes. El afecto, la emoción que debería acompañarlas se separa y corre por la libre, perturbando el funcionamiento y la memoria, suelen ligarse a cualquier estímulo que, por asociación, se relacione con esos fragmentos de la experiencia. Ello resulta retraumatizante, ya que se revive la experiencia dolorosa con la misma intensidad que la original. Un pedazo de la escena irrumpe con una intensa carga de terror.

Lograr una narrativa que integre el hecho histórico y los afectos personales involucrados permite articular esos fragmentos, conseguir una linealidad narrativa, poner en perspectiva la humillación, la angustia y el terror, asociándolos a los hechos vividos con una cierta distancia. Eso es lo que llamamos los psicoanalistas *elaboración*. El dolor no desaparece, pero se mitiga. Las pérdidas perduran en nuestro recuerdo; no obstante, se logra hablar de ellas, y en cada repetición de lo vivido, se sigue procesando. Es así que, con el tiempo se va atenuando la desolación y se acaba por aceptar lo vivido.

Diana nos relata la vida en el Soras de su infancia: junto con el paisaje, la ciudad, los animales,

las comidas, las vacaciones en la estancia, las festividades que disfruta contándonos con humor, las canciones de su niñez; además, pone en relieve la importancia de la familia como soporte de su crecimiento y desarrollo. Esto es fundamental porque de alguna manera explica la resiliencia de la que ella misma habla. Hubo alimento nutritivo para su espíritu. Y hay algo más importante aún: el legado que recibe de su padre de mantener la familia unida, de protegerse entre ellos y de vender los toretes para que con esa plata estudien en la universidad de Andahuaylas.

Es conmovedor el relato que Diana nos brinda sobre la muerte de Olimpio, su padre. Su desasosiego frente a algo que está sucediendo y ella desconoce, pero presiente. Va describiendo los signos del drama: primero la tristeza del padre, luego es enviada a casa de los abuelos sin conocer la razón, su sueño entre sollozos, los disparos que la despiertan, el encuentro en su carrera de regreso a casa con Quispe Palomino y el comentario de su secuz: “Esa piojosa es hija de Olimpio”, la mancha de sangre en la plaza, el cuerpo inerte de su padre sobre la mesa de su casa. “Ahí terminó mi infancia”, dijo ella.

Asimismo, es desgarradora la escena de su entrada al local municipal, de la mano de su abuelo, en donde encuentran a 67 personas asesinadas “en medio de terribles mensajes escritos en las paredes con su sangre”. Dejemos que Diana lo exprese en sus propias

palabras: “Era un escenario indescriptible porque no había madera para tantos ataúdes. Mi cuerpo no dejaba de temblar, mi voz se quebraba y lloraba desconsoladamente”, Demasiada muerte, demasiada sangre para una niña, para una mente.

Posteriormente, Diana nos relata luego las errancias de casa en casa para esconderse, la sensación de peligro permanente hasta que deciden migrar a Lima. Allí encuentran las penurias económicas y de adaptación, sin escatimar los horrores de la discriminación y hostilización hacia los ayacuchanos. Nos narra cómo fueron enfermando uno a uno, dice que el médico no sabía lo que estaba pasando, hasta que atribuyó al polvo y la arena del ambiente al daño que estaban sufriendo los pulmones de toda la familia. Ciertamente, es posible que esto haya sido así. Pero desde mi posición de psicoanalista, no puedo dejar de ver que la familia estaba enferma del alma, destrozada por la trágica y violenta pérdida del padre, por el destierro, por el terror vivido. Y toda la depresión se expresaba, muy probablemente, a través de la debilidad en el cuerpo. Algunos años después, nos describe con mayor detalle la relación entre su depresión y la enfermedad del cuerpo:

“Si bien en lo económico no me fue tan mal, lo que sí me preocupaba era mi situación emocional porque me deprimía demasiado, lloraba todo el tiempo y no tenía ganas de hacer nada. La unidad familiar que mi papá había querido

fue un sueño que no prosperó. Esto acabó afectándome, al punto que en 1998 estuve hospitalizada por 15 días por una pielonefritis aguda”.

Lo que quiero resaltar es que el sueño del padre, la unión familiar, queda hecho pedazos. Y es que su muerte destruye la posibilidad de esa unión porque pulveriza las condiciones materiales de mantenerse juntos; pero más aún, es muy probablemente un sueño que el padre se encargaba de mantener vivo gracias a su personalidad y su fortaleza: con su partida, no sólo han perdido al padre querido, sino al artífice de esa unión.

Otro dato saltante de su relato es el tiempo que le tomó animarse a hablar de los eventos ocurridos en Soras. Nos cuenta que los terroristas los amenazaron para que guarden silencio, y esta amenaza se incrusta en la mente de cada uno de los sobrevivientes. Algunos de los hermanos desean contar los hechos, pero otros no, entre ellos Diana. Se requiere de algunos años para ir sanando de esa amenaza y escapar al chantaje. Pero, sobre todo, se requiere de apoyo emocional para dar el paso. Diana lo consigue cuando logra conformar su propia familia y puede contar con un esposo que la entiende y la apoya y con sus hijos, en quienes deposita todas sus esperanzas.

Es sorprendente cómo los sucesos de Soras pasan desapercibidos, a pesar de que Diana cuenta que la noticia se expandió hacia las comunidades vecinas. La prensa la trata de

rumores, pero el Comando Policial Militar conocía perfectamente los hechos. Años después, a pesar de los esfuerzos de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, se mantiene el silencio entre las mismas víctimas. El terror sigue ejerciendo sus efectos. No sólo han matado salvajemente a más de 117 personas, sino que han dejado en el silencio y la derrota a sus sobrevivientes. Nadie se atreve a hablar y el terror sobre lo sucedido se reaviva cuando ven a Quispe Palomino, vivo y coleando, en una entrevista televisiva. Pero, ya comienzan a reaccionar: se atreven a reconocerlo y empieza el compromiso de luchar por la justicia.

La violencia se enquistaba en los sobrevivientes de las masacres, mellando sus capacidades de reacción. En algunos se perpetúa a través del estado de victimización, que se eterniza en una actitud pasiva y autoflagelaría, de aceptación de la humillación y hasta de la necesidad de castigo. Diana se pregunta “¿Qué hicimos, Dios mío, para vivir este fatídico día? ¿Por qué nos castigaste de esta manera?”. La violencia suele volcarse hacia uno mismo, a través de la culpa y la idea de castigo merecido continúan haciendo su trabajo silencioso, socavando el mundo interior de la persona.

En otros, la violencia se perpetúa a través de la identificación con el agresor, convirtiendo a las víctimas en victimarios de otros, más débiles, manteniendo un círculo vicioso de violencia inacabable. Por ello es de crucial importancia, para las víctimas y para la sociedad, poder

superar el círculo de la violencia y para ello se requiere de medios de procesamiento de lo vivido. Considero que se requiere una dosis de salud para hacer frente de manera creativa a la violencia y dismantelar su lógica. Pocos son los que logran hacerlo solos, en la mayoría de los casos se requiere de procesos terapéuticos que acompañen este arduo trabajo y permitan la elaboración de lo vivido. Puedo dar fe de esto, ya que durante siete años trabajé con personas como Diana en el equipo de psicólogos que convocó la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, que devino en el CAPS, Centro de Atención Psicosocial, que continúa su trabajo hasta el día de hoy.

Junto con la atención psicoterapéutica, hay varios recursos que permiten la salida del circuito de la violencia. En primer lugar, los testimonios como el que estamos presentando, requieren de un receptor, representante de la sociedad, que acompañe y reciba la narración del horror. Mejor aún si es compartida con otras víctimas, con el entorno y con la sociedad en su conjunto. En el ámbito de lo colectivo, existen ritos y costumbres que constituyen también maneras de elaboración del trauma vivido. Las reparaciones materiales cumplen asimismo un rol fundamental, pues suponen el reconocimiento del daño perpetrado y las disculpas de una sociedad ante su incapacidad de evitar los hechos ocurridos, particularmente del Estado en sus fallas y limitaciones para evitarlos, y a veces por haberlos producido. Por ello, la Comisión de la Verdad y la Reconciliación es un

espacio privilegiado de elaboración. Desde las estrategias escogidas para su tarea, ya sean testimonios individualmente entregados, o asambleas públicas en las que se compartía las experiencias vividas; hasta el Informe final, documento que es un medio de procesamiento histórico que tomará, sospecho, su tiempo en ser analizado plenamente.

La elaboración de las experiencias traumáticas, más aún si son colectivas, despiertan muchas resistencias, aún entre las víctimas. Recordar el dolor no es grato, revivir el horror es difícil. Por eso, la participación del cuerpo social es un sostén de primer orden; tanto por el reconocimiento necesario, como por el espacio de contención que proporciona.

Solo luego de una elaboración, es posible hablar de perdón. Del lado del agredido, el perdón es una experiencia individual, necesaria para aliviar el dolor y la rabia, desviándolos de la venganza para encontrar sosiego. Pero sabemos también que puede no darse, que el perdón puede ser vivido como una traición a las víctimas directas, y nada podemos reprocharles al respecto. También sabemos que puede no ser un sentimiento definitivo. El perdón requiere un trabajo psíquico y, como tal, exige una tarea de reacomodo interior. Tal vez es más realista hablar de reconciliación, entendido como un proceso paulatino en el que, una vez aceptada la existencia del otro, con sus circunstancias, podrá devenir el sosiego. Pienso que más

que de perdón, sería realista hablar de reconciliación, concepto relacional, intersubjetivo y que apunta a la restitución de los lazos sociales con una visión de futuro.

La reconciliación supone, además, aceptar que todos somos humanos y, en ese recorrido, que las personas reaccionan ante el terror de maneras diferentes. Sabemos que hay un porcentaje de personas que podrían entrar en la categoría de la maldad (algunos lo sitúan en el 25%, pero la cifra puede ser variable). Ejemplos de esto abundan en el libro que presentamos. Sabemos también que existe otro porcentaje de gente buena, de incorruptibles, que seguirán el dictado de su conciencia pase lo que pase, haciendo prevalecer sus principios ante cualquier situación, justamente como medio de defenderlos. Es el caso de Olimpio, quien se enfrenta al “camarada José”, lo increpa públicamente con valentía y defiende su modo de pensar hasta provocar su furia. En el medio, la gran mayoría se acomoda lo mejor que puede en un intento de sobrevivir. Seguramente tienen menores recursos emocionales y cognitivos. Muchos de ellos serían capaces de cometer atrocidades solo por preservar la vida, cuando las circunstancias la colocan frente a situaciones extremas. Vemos mucho de esto en la narración de Diana y en la historia del Perú y del mundo. Comprender cómo funciona la mente humana es necesario para entender al otro, aceptar sus limitaciones y poder alcanzar la reconciliación.

Lo que sí es necesario recalcar es que el Estado tendría que colocarse en el lugar del ideal, de lo incorruptible, de los valores por encima de cualquier circunstancia. Una cosa es el ser individual, sometido a su vulnerabilidad frente a circunstancias extremas, pero otra muy distinta es el Estado del que debemos exigir reaccionar con equidad, preocupación especial por los más vulnerables, eficiencia en su respuesta y justicia. Y en el Perú la justicia tarda mucho, eso lo sabemos. Hasta la escritura de este libro, el juicio sobre los trágicos sucesos ocurridos en Soras sigue su lento curso y los vecinos de Soras no han encontrado la justicia que reclaman. Tenemos mucho por lo que seguir trabajando para hacer de la nuestra una sociedad más humana.